

DS. 8

SITUACION DE LA MUJER EN EL MUNDO

La equiparación de sexos en la mayor parte de los aspectos sociales, culturales, diversivos e incluso laborales, constituye un factor decisivo de promoción de la humanidad, a pesar de que haya fuerzas sociales o creencias religiosas que se resisten a convertirlo en sistema ordinario de vida. Será uno de los signos del progreso convivencial aceptados por todas las culturas; unas lo harán con naturalidad y otras lo acogerán con reticencia. Pero la igualdad terminará por imponerse.

Pero todavía es una realidad hiriente, el que todavía predomine en muchos lugares y ambientes cierta discriminación de la mujer, en lo que a cultura y significación social se refiere. Se debe al peso de tradiciones y costumbres movidas y conservadas por intereses, por ignorancias y hasta por creencias religiosas o tradiciones resistentes.

Hasta que la igualdad entre ambos sexos no sea un hecho cotidiano, natural, indiscutible, en lo laboral, en lo social, en lo político, en lo familiar, en lo espiritual, el mundo no habrá llegado a una situación de "tiempos nuevos". Por eso, la nueva visión del mensaje cristiano camina en dirección a reconocer esa igualdad y la educación. Sobre todo en los ámbitos de signo cristiano, se debe acelerar la conquista de un ideal tan humano.

Todos los educadores deben hacerse conscientes de las discriminaciones que existan en un determinado lugar, ambiente o actividad, de modo que sepan situarse entre la moderación y la prudencia, entre el respeto y la defensa de la dignidad, entre el realismo y la justicia.

Deben tender por todos los medios posibles a que las niñas se eduquen en forma idéntica a los niños en cuanto a cultura general y en cuanto a oportunidades sociales y laborales se refiere. Ello no es incompatible con el reconocimiento de las peculiaridades evolutivas en ritmos y en formas.

En todo caso es decisivo saber inspirar el sentido de la igualdad a todas las edades y descubrir el mejor modo de promover el respecto mutuo, incluso luchando contra corriente y contra tradiciones discriminatorias, y seguir cultivando aquellas formas de trato que lo promueven: delicadeza, elegancia, pulcritud, galantería, finura, honor, intimidad, amistad.

Los educadores cristianos, de modo especial los comprometidos en Instituciones y movimientos inspirados en el Evangelio, son los más llamados a reclamar esa igualdad. Deben hacerlo con el mismo interés con que promueven el trato igual para el color de la piel, para el lugar de nacimiento o para la situación económica de los individuos. El mundo del porvenir avanza hacia ideales de unidad y de equidad, de solidaridad y de respeto. Y el mensaje cristiano lo mira como gran anuncio, pues su centro de atención se halla en el amor al prójimo. El amor al ser humano femenino pasa por el reconocimiento de su dignidad. No se puede pensar en un mañana luminoso sin lograr que esto sea palpable e indiscutible realidad.

Con esa actitud en las aulas y en los movimientos de educación cristiana se acelera el establecimiento de una sociedad más igualitaria y justa y, por lo tanto, se trabaja en favor del Reino de Dios. Por eso, lejos de todo movimiento feminista tendencioso o contaminado con otros intereses, el educador debe pensar en el futuro de la igualdad. Y en el lenguaje cristiano, debe promover con decisión la igualdad del varón y de la mujer.

La originalidad y equiparación de la juventud femenina bien puede ser considerada como progreso importante en la sociedad moderna en los países desarrollados. Es una conquista definitiva, aunque no todas las demandas proclamadas por los movimientos feministas sean respetuosas con la originalidad de la mujer y con la necesidad de que la

equiparación resulte tan natural como la igualación ante la luz, el aire o la salud.

El hecho no resulta equivalente en todas las culturas, pues la situación femenina ha variado de forma muy desigual según estilos familiares, creencias religiosas y tradiciones convivenciales. Sobre todo han sido tradiciones orientales las que más dificultado el ideal evangélico de la igualdad. En momentos o en ambientes en que la afluencia de emigrantes, viajeros o intercambios de todo tipo provenientes de esos ambientes puede ser abundante la situación de alerta para no consentir retrocesos es de suma importancia.

En las culturas occidentales la dignidad de la mujer ha sido ya equiparada en lo fundamental a los usos del varón. En otras, como las orientales, mahometanas, animistas africanas, las limitaciones al reconocimiento de esa igualdad son todavía rémoras éticas, jurídicas y con frecuencia económicas. Incluso, con frecuencia la dignidad femenina no queda reconocida, con resultados muchas veces hirientes y sorprendentes. Este será uno de los terrenos que deben ser tenidos en cuenta en la educación de los años venideros.

Sistemas como la coeducación de sexos en todos los niveles, la diversión compartida en el tiempo libre, la rectificación de lenguajes discriminadores, el rechazo de estilos ornamentales o de comportamiento poco concordantes con la dignidad de la persona más que con la peculiaridad del sexo, resultarán más naturales en el porvenir. Pero es un valor que debe ser conquistado y mantenido sin retrocesos o tolerancias contrarias.

Otras actitudes, además de resultar inútiles, también serán contraproducentes; producirán efectos contrarios a los pretendidos por sus promotores. La misma naturaleza se encargará de clarificar y mantener el hecho diferencial de los sexos. Y la buena educación deberá promover la feminidad en la mujer y la virilidad en el varón.

El que esas diferencias deban mantenerse en la actividad laboral y lúdica, en las vestimentas y en los ornamentos, es ya cuestión de ópticas variables, las cuales en el futuro, como en el pasado, podrán oscilar notablemente.

Resulta muy aventurado formular previsiones y profecías en este terreno, ya que nos son claros los aspectos constitutivos de la naturaleza bisexual del ser humano y los aditamentos que se han configurado en los diversos ambientes culturales a lo largo de los siglos. En la medida en que sean discernibles ambos terrenos, se podrá preanunciar la posible evolución de rasgos concretos y actitudes precisas

Situación universitaria de la mujer en el mundo
Porcentaje de mujeres en estudios superiores en relación al total universitario

| Región / año | 1985 | 1995 % incr. | 2005 | 2015 |
|--------------------------------|------|--------------|------|------|
| Total del mundo | 44 | 47 6,8% | 50,2 | 53,6 |
| Regiones desarrolladas | 40 | 52 30% | 67,6 | 87,8 |
| América Norte | 53 | 55 3,7% | 57,1 | 59,1 |
| Asia/Oceania | 37 | 46 24,3% | 57,2 | 70,7 |
| Europa | 47 | 51 8,5% | 55,3 | 59,9 |
| Regiones en transición | 40 | 44 10% | 48,4 | 53,2 |
| Menos desarrolladas | 36 | 40 11,1% | 44,4 | 49,3 |
| Africa subsahariana | 25 | 35 40,0% | 49 | 68,6 |
| Estados Arabes | 33 | 41 24,2% | 50,9 | 63,2 |
| América Latina | 45 | 49 8,8% | 53,3 | 58 |
| Asia Oriental. | 36 | 40 11,1% | 44,4 | 49,3 |
| Pacífico | | | | |
| China | 29 | 33 13,8% | 37,5 | 42,6 |
| Asia Meridional | 29 | 34 17,2% | 39,8 | 46,6 |
| India | 30 | 36 20,0% | 43,2 | 51,8 |
| Países no desarrollados | 26 | 27 3,8% | 28,1 | 28,9 |

Fuente de base: Mismo informe de la UNESCO. Comienzo XXI. 2000
Hipótesis: que el ritmo de incremento de 1995 a 2015 fuera equivalente al de 1985 a 1995

LA ENSEÑANZA SUPERIOR FEMENINA

En el mundo había 60.300.000 en 1985 y 81.700.000 en 1995 de estudiantes superiores. De ellos, menos de la tercera parte eran mujeres (16.800.000 en 1985 y 33.400.000 en 1995)

En los países desarrollados había 25.100.000 en 1985 y 34.500.000 en 1995. De ellos eran mujeres algo menos de la mitad: 12.200.000 en 1985 y 17.800.000 en 1995)

Sin embargo en los países en desarrollo, con siete veces más de población, la situación era al comienzo del siglo XXI algo desigual: 24.700.000 eran universitarios en 1985 y 36.600.000 en 1995. De ellos eran mujeres menos de la tercera parte, 8.700.000 en 1985 (35,22%) y 15.200.000 en 1995 (41,53%) para llegar a un 47% en el 2005, según las previsiones, cantidad que ya se podía aceptar como igualitaria.

Las tendencias eran diversas en cada región del mundo. En Norteamérica por cada 100 varones en 1995 estudiaban 110 mujeres y en el 2015 estudiarán 120. En Suramérica, por cada 100 universitarios había 45 mujeres en 1995; y serán 58 en el 2015. En Europa en 1995 había por cada 100 varones, unas 102 mujeres. Habrá 110 en el 2015. En Africa había en 1995 por cada 100 varones 38 mujeres y habrá 65 en 2015.